

EL MILAGRO DE CADA DIA

Cada mañana, al despertar, con la mente aún adormecida y perezosa, percibo frente a mí el mundo que durante el sueño nocturno había desaparecido. Es como si abriera un amplio ventanal descubriendo, a través de él, un extenso paisaje, antes oculto; como si el sol, al asomar por el horizonte y al impulso de su cálida luz, despejara repentinamente la niebla que cubría, desdibujándolo, el panorama sobre el que se desarrolla la trama del diario vivir...

Con somnolienta torpeza, comienzo a ser de nuevo yo, a entrar en la situación que supone mi vida personal, a interpretar el rol que me ha sido asignado, que yo he escogido o, más bién, que el azar me deparó... Y junto a mí, o tal vez para mí, o quizá yo para los demás, se pone todo, o me pongo yo, en movimiento, como los muñecos de guiñol, en el gran tinglado que constituye el escenario de la vida. Un nuevo día, una representación más de tal vez cómica farsa, o divertida comedia, o doloroso drama, o estremecedora tragedia... Representación, sin embargo, nunca previsible y siempre sorprendente; actuación que en ocasiones deja el emocionado y agradable sabor del gozo, pero que con mayor frecuencia aún paga con la ácida y amarga soldada de la decepción, del desencanto y del fracaso.

Pero ocurre así. Ignoro que ley inevitable y demoníaca rige los destinos de toda persona para que nadie se sienta plenamente feliz durante su existencia. Pero hoy no quiero ser pesimista. Mi propósito era escribir un canto al milagro de cada amanecer, cuando la vida se despereza del sueño reparador para ofrecerse, como ramillete multicolor, vario y diverso, a la contemplación de este extraño ser que es el hombre; cuando, al levantarse

el telón del alba, aparece un amplio horizonte, con multitud de caminos y opciones divergentes, para elegir... y, no obstante, se elige siempre, o se cree haber elegido, los que acaban en decepción...

Mas, por encima de todos estos hechos y pese a cualquier situación de desánimo - y son muchas-, ha de reconocerse que en todo nuevo dia, en todo instante que fluye de la fuente del tiempo, de capacidad inagotable, tiene lugar un verdadero y auténtico suceso taumatúrgico: el milagro de la vida que aflora, se reproduce, crece, cambia, evoluciona, con terca y continua lucha por no extinguirse, de forma definitiva e irreversible, de la leve superficie de nuestro mundo. Milagro renovado sin cesar que pasa desapercibido, precisamente, porque se oculta tras la cotidianidad, disimulando con ella todo lo que de extraño, insólito, emotivo y extraordinario tiene y que le hace, con casi plena certeza, ser la excepción dentro de un universo infinito.